

Presentación



a vida social no es sólo resultado de las tensiones de las estructuras económicas y políticas. Es un ejercicio de imaginación y afecto. “Sin duda se necesitó una formidable capacidad de concebir lo que no existe, desde hace siglos, para inventar una ciudad donde había un lago”, dice Néstor García Canclini en el texto presentado en esta entrega, para señalar la importancia de los imaginarios en la organización de una ciudad.

Imaginar la ciudad es desbordar sus límites, recrearla a partir de una ilusión, proponer un pensamiento que se imponga sobre miles de voluntades, diseñar una utopía. Sin embargo, pensar la ciudad en el 2010, como nos invita a hacerlo García Canclini, es someter las imágenes a los controles de la razón. No es únicamente proyectar como una sombra el efecto identitario basado en la tradición y los afectos colectivos, sino el interés racional por dar cobijo a un espacio democrático y multicultural donde el poder público se descubra comprometido con todos y, al mismo tiempo, permita el despliegue de las fuerzas creativas de los ciudadanos. En su ensayo, García Canclini nos urge a pensar en el 2010 como una apuesta que nos otorgue un lugar en la globalización, y rompa con el círculo perverso de la exclusión y la segregación cultural.

Los imaginarios se nutren de representaciones, elaboraciones simbólicas provenientes de la experiencia compartida de los agentes sociales. Las representaciones no son discursos sino imágenes de distinto tipo (verbales, visuales, auditivas, integradas, etcétera) pero, en cualquier caso, son reconocibles y con capacidad de ser descritas. Su origen son las prácticas colectivas de los sujetos que suponen colaboración, conflicto o negociación. Implican una manera de ver el mundo y, por lo mismo, conllevan una interpretación del tiempo, el espacio y la propia identidad de los sujetos. De ese modo orientan las formas de intervenir en la vida social y de relacionarse con los que participan desigualmente de estas representaciones. El universo de representaciones es vastísimo pero algunas de ellas tienden a ser compartidas con mayor generalidad y, sobre todo, a convertirse en tema de reflexión amplia en la política, el arte o los medios de comunicación.

Este número de la revista *Alteridades* invita a reflexionar en varias representaciones que alimentan el imaginario de la ciudad: el patrimonio, el sentimiento nostálgico de la pérdida de la vida fabril y barrial, las periferias metropolitanas, el circo y las diversiones urbanas, la vida barrial en una zona del centro de la ciudad, son todas imágenes parciales, reducidas a lugares precisos en el espacio y a un tiempo ya pasado, pero que en conjunto nos permiten poner en movimiento las posibilidades de pensar la ciudad en el presente y sobre todo en un futuro cercano.

El uso del tiempo libre a finales del siglo XIX, señala Ricardo Pérez Monfort, dio vida a la ciudad de México. En su estudio sobre este tema, las diversiones constituyen un instrumento para mirar la urbe que se quería dejar atrás: “Mientras los paseos o los combates de flores remitían a las memorias nostálgicas de cierto provincianismo, el ir a una sala de cine o el asistir a un ‘match’ de baseball mostraban una disposición particular hacia lo moderno y urbano”. Desde otra perspectiva, Ana María Rosas Mantecón nos muestra que el patrimonio es un espacio jerarquizado, observación que le permite ver en él un espacio de conflicto y negociación. Por su parte María Ana Portal nos vuelve a la historia y a la tradición para explicar cómo una comunidad se ajusta a los cambios de la vida

urbana moderna y vislumbra su porvenir. A partir de las categorías de identidad y nostalgia, una comunidad urbana se reorganiza en el presente: “Toda identidad se constituye a partir de un hilo conductor que articula el pasado con el presente”, señala Portal.

Un barrio central de la Ciudad de México (Tepito) y las periferias metropolitanas son analizados por Natalia Grisales y Eduardo Nivón respectivamente, como dos extremos de lo que constituye la metrópoli mexicana. Se trata de dos casos que nos permiten vislumbrar comparativamente la intervención de las escalas en la observación de la ciudad. Lo local (el barrio) y lo metropolitano (las grandes periferias) alimentan día a día nuestro imaginario sobre la ciudad y se superponen con frecuencia. Ambos son espacios de identidad, pero las relaciones que entran en juego son distintas.

— 0 —

Ángela Giglia nos presenta una experiencia de investigación formativa con alumnos de licenciatura. La oportunidad que representa su reflexión es la de observar la práctica docente como un objeto cultural. La investigación formativa es una suerte de rito de paso en el que los alumnos confirman su decisión de ser antropólogos, al tiempo que se ubican frente a una comunidad científica como productores de conocimiento. Además, Giglia propone elementos importantes sobre el trabajo etnográfico en sí mismo, que van más allá de las tareas docentes. El artículo de Silvia Carrasco podría ser ubicado en el campo de la antropología aplicada y establece estrategias tanto de investigación como de aplicación del conocimiento en el campo alimentario. Después se ofrece un estudio de Gérard Althabe sobre el fenómeno de la migración; ahí, el autor se ocupa de “la producción del otro en tanto que extranjero”, realizada mediante un modo de categorización que apunta, precisamente, a excluirlo. Cierra el contenido de este número el texto de César O. González Pérez, quien se interna en el tema de la visibilidad de la no heterosexualidad en el caso concreto de la ciudad de Guadalajara, México.

Eduardo Nivón Bolán y Ana Rosas Mantecón